

que está ahí! ¿Quién es, hija mía, si no estoy soñando, ese hombre que está sentado delante de la chimenea?

Y Catalina contestó:

— No lo sabemos, señora; no habla y está ahí como atontado.

El expósito hizo un pequeño movimiento mirando á Magdalena, pues aun temía sorprenderla demasiado bruscamente, y se moría de ganas de hablarle. Catalina le vió en aquel momento, pero no le reconoció, á causa de lo mucho que había cambiado en tres años, y dijo, pensando que Magdalena tenía miedo de él:

— No haga usted caso, mi ama; iba á hacerle salir cuando usted me llamó.

— No le haga usted salir, contestó Magdalena con voz algo reforzada, y apartando más la cortina de su cama; porque le conozco y ha hecho bien en venir á verme. Acércate, acércate, hijo mío; todos los días pedía á Dios la gracia de darte mi bendición.

El expósito corrió y se arrodilló delante de la cama, llorando de pena y de alegría, al extremo de que el llanto casi le sofocaba. Magdalena le cogió ambas manos y luego la cabeza, y le besó diciendo: — Llamad á Juanito; Catalina, llama á Juanito, para que tenga también una buena alegría. ¡Ah! doy gracias á Dios, Francisco, y estoy dispuesta á morir ahora, si tal es su voluntad, pues mis hijos son ya grandes, y habré podido decirles adiós.

XVIII

Catalina corrió en busca de Juanito, y Mariquita estaba tan impaciente por saber lo que quería decir todo aquello, que la siguió para interrogarla. Francisco se quedó solo con Magdalena que volvió á besarle y se puso á llorar; después de lo cual cerró los ojos y recayó en su abatimiento, más abismada que antes. Francisco no sabía cómo aliviar aquel desmayo; estaba como loco, y lo único que podía hacer era sostenerla en sus brazos, llamándola su querida madre, su querida amiga, y rogándola, como si la cosa estuviese en su poder, que no muriese tan pronto y sin oír lo que él quería decirle.

Y con buenas palabras, cuidados inteligentes y honestas caricias, la hizo volver de su desvanecimiento. Ella empezó á verle de nuevo y á escucharle. Y él le decía que había como adivinado que necesitaba de él, y que lo había dejado todo, que había venido para no volverse, si ella le decía que se quedase, y que si quería tomarlo de criado, no le pediría más que el placer de serlo, y el consuelo de pasar sus días obedeciéndola. Y decía además: — No me conteste, no me hable, mi querida madre, está usted demasiado débil, no diga nada. Míreme solamente, si algún placer le cau-

sa verme, y yo comprenderé bien si acepta mi amistad y mi servicio.

Y Magdalena le miraba con un aire tan sereno, y le escuchaba con tanto consuelo, que ambos se encontraban dichosos y contentos á pesar de la desgracia de aquella enfermedad.

Juanito, que Catalina había llamado á grandes gritos, vino á su vez á recibir su alegría con ellos. Se había vuelto un hombrecito entre los catorce y quince años, no muy robusto, pero guapo y avispado en extremo, y tan bien educado que no tenía más que palabras de cortesía y amistad.

— ¡Oh Juanito! ¡cuánto me alegro de verte!, le decía Francisco. No eres muy alto ni muy grueso, pero me alegro, porque se me figura que aun tendrás necesidad de mí para subir á los árboles y pasar el río. Si-gues delicado, lo veo, sin estar enfermo ¿verdad? Entonces aun serás mi hijo por algún tiempo, si no te sabe mal; aun tendrás necesidad de tu Francisco, sí, sí; y como antes me harás hacer todo lo que se te ocurra.

— Sí, mis cuatrocientos caprichos, como decías entonces.

— ¡Caramba! ¡tienes buena memoria! ¡Con qué placer veo que no has olvidado á tu Francisco! ¿Pero tienes aún cuatrocientos caprichos por día?

— ¡Oh! no, dijo Magdalena; se ha vuelto muy juicioso, no tiene más que doscientos.

— ¿Ni más ni menos?, dijo Francisco.



¿QUÉ SE LE OFRECE, JOVEN?

— ¡Oh! ¿por qué no?, contestó Juanito. Puesto que mi madrecita empieza á reir un poco, convengo en todo lo que quieran. Y hasta diré que tengo ahora más de quinientas veces por día el capricho de verla curada.

— Muy bien hablado, Juanito, dijo el expósito, ¡Cómo ha aprendido á expresarse bien! Ya verás, muchacho, cómo Dios satisfará esos quinientos caprichos tuyos. Vamos á cuidar tan bien á madrecita, y á confortarla, y á hacerla reir poco á poco, que su fatiga se irá.

Catalina estaba en la puerta, deseosa de entrar para ver y hablar á Francisco; pero Mariquita la tenía cogida del brazo y no cesaba de interrogarla.

— ¡Cómo!, decía, ¿es expósito? Sin embargo, parece muy decente.

Y le miraba desde fuera por el postigo, que entreabrió un poco.

— ¿Pero cómo es tan amigo de Magdalena?

— ¿No le he dicho á usted que ella le educó, y que él era un buen muchacho?

— Ella no me habló nunca de él, ni tú tampoco.

— ¡Ah! ¡psé! nunca se me ocurrió; él ya no estaba aquí, y yo apenas me acordaba; además, yo sabía que nuestra ama había tenido penas á causa de él, y no se lo quería recordar.

— ¿Penas? ¿qué penas?

— ¡Pues! porque le había cobrado mucho cariño: ¡la criatura tenía tan buen corazón! ¡y su hermano de us-

ted no le quiso en casa; ya sabe usted que no era siempre amable!

— ¡No hablemos mal de los muertos, Catalina!

— Sí, sí, es verdad, ya no me acordaba. ¡Soy tan flaca de memoria! Pero déjeme entrar, señorita; quiero hacerle comer; debe de tener hambre.

Y escapóse para ir á besar á Francisco; porque era tan guapo mozo que la vieja no recordaba ya haber dicho, años atrás, que preferiría besar la suela de su zapato á besar un expósito.

— ¡Ah! mi pobre Francisco, le dijo, ¡cuánto me alegro de verte! Creía que no volverías nunca. ¡Pero mire usted, mi ama, qué guapo mozo se ha puesto! Me asombra que usted le haya reconocido en seguida. Si usted no hubiese dicho que era él, hubiera necesitado yo mucho tiempo para caer en ello. ¡Pero qué guapo! ¿eh? ¡Qué guapo! ¡Y empieza á tener barba! Aun no se ve mucho, pero se siente. No picaba mucho cuando te fuiste, y ahora pica un poco. ¡Y qué fuerte, amigo! ¡Qué brazos! ¡qué manos! ¡qué piernas! Un obrero así vale por tres. ¿Qué paga te dan donde estás?

Magdalena se reía de ver á Catalina tan contenta de Francisco, y ella le miraba, contenta también de verle tan guapo y tan robusto. Hubiera querido ver á su Juanito en igual estado, al fin de su crecimiento. Mariquita se avergonzaba de ver á Catalina tan atrevida en mirar á un joven, y estaba ruborizada sin pensar mal. Pero cuanto más se resistía á mirar á Fran-



Y LE MIRABA POR EL POSTIGO, QUE ENTREABRIÓ UN POCO.

cisco, tanto más le veía y le encontraba como Catalina decía, guapo, bien plantado y fuerte como un roble.

Y maquinalmente se puso á servirle con mucha cortesía, á escanciarle del mejor vino clarete del año, y á despertarlo cuando, á fuerza de mirar á Magdalena y á Juanito, se olvidaba de comer.

— Coma usted, le decía; casi no toma alimento. Debería tener más apetito, viniendo de tan lejos.

— No haga usted caso de mí, señorita, le contestó al fin Francisco: el verme aquí me causa demasiada alegría para tener ganas de comer y beber.

— Vamos á ver, dijo á Catalina después que ésta hubo alzado los manteles; enséñame un poco el molino y la casa, pues todo me ha parecido descuidado, y necesito hablar contigo.

Y cuando se la hubo llevado fuera, la interrogó sobre el estado de los negocios, como hombre que lo entiende y quiere saberlo todo.

— ¡Ay, Francisco!, dijo Catalina empezando á llorar, todo va muy mal, y si nadie viene en auxilio de mi pobre ama, creo que esa mala mujer la echará de casa y la arruinará en pleitos.

— No llores; porque tu llanto no me deja oír, y procura explicarte bien. ¿Á qué mala mujer te refieres? ¿á la Severa?

— ¡Naturalmente! No se ha contentado con causar la ruina de nuestro difunto amo. Ahora tiene pretensiones sobre todo lo que ha dejado. Busca cincuenta procesos, dice que Blanchet le firmó pagarés, y que

cuando haya hecho vender todo lo que nos queda, aun no estará pagada. Cada día nos envía curiales, y las costas ya suben un dineral. Nuestra ama, para contentarla, ha pagado ya lo que ha podido, y del tráfico que todo eso le da, después de la fatiga que la enfermedad de su marido le ocasionó, me temo que se muera. De seguir las cosas así, pronto nos encontraremos sin pan ni hogar. El mozo del molino nos dejó porque se le debía el sueldo de dos años, y no se le podía pagar. El molino no anda, y si esto dura, perderemos los parroquianos. Nos han embargado los caballos y la cosecha, y van á cortar todos los árboles. ¡Ay Francisco! ¡qué desolación!

Y se puso á llorar otra vez.

— ¿Y tú, Catalina?, le preguntó Francisco, ¿eres también acreedora? ¿Has cobrado tus pagas?

— ¡Acreedora yo!, contestó Catalina cambiando su voz doliente en una voz de becerro; ¡jamás! ¡Que yo haya cobrado ó no mis pagas, á nadie importa!

— ¡Bien dicho, Catalina! Sigue cuidando bien á tu ama, y no te preocupe lo demás. He ganado un poco de dinero en casa de mis amos, y traigo con qué salvar los caballos, la cosecha y los árboles. En cuanto al molino, voy á decirle dos palabras, y si hay algo descompuesto, no necesito carretero para hacerlo marchar. Es preciso que Juanito, que es ligero como un gamo, corra todo el día de hoy y el de mañana, para decir á todos los parroquianos que el molino anda como un reloj y que el molinero espera el trigo.

— ¿Y un médico para nuestra ama?

— Ya se me ocurrió; pero quiero verla hoy hasta la noche para tomar una resolución sobre esto. Los médicos, Catalina, á mi entender, convienen cuando los enfermos no pueden prescindir de ellos; pero si la enfermedad no es grave, se vence mejor con la ayuda de Dios que con drogas. Lo que alegra y entretiene á los unos, que por la menor dolencia llaman al doctor, angustia á los que no le ven sino en casos de peligro, y esto les causa una vivísima impresión que agrava la enfermedad. Se me figura que la señora Blanchet curará pronto al ver que la ayudan á arreglar sus negocios.

Y antes de que terminemos esta conversación, Catalina, dime otra cosa; te pido la pura verdad, y es preciso que no repares en decírmela. La cosa no saldrá de aquí, y si te acuerdas de mi carácter, que no ha cambiado, debes saber que un secreto está bien guardado en el corazón del expósito.

— Sí, sí, ya lo sé, dijo Catalina; pero ¿por qué te tratas de expósito? Es un nombre que ya no te volverá á dar nadie, porque, en verdad, no mereces llevarlo, Francisco.

— No hagas caso. Seré siempre lo que soy, y no acostumbro atormentarme por eso. Dime lo que piensas de tu joven ama, Mariquita Blanchet.

— ¡Oh, es linda muchacha! ¿Acaso ha hecho usted ya pensamiento de casarse con ella? Ella está acomodada; su hermano no pudo mermar lo suyo, que son

bienes de menor, y como no le haya á usted caído alguna herencia, maese Francisco...

— Los expositos, no suelen heredar nada; y en cuanto á casarme, tiempo me queda para pensar en el matrimonio. Lo que quiero saber de ti, es si esa muchacha es mejor que su difunto hermano, y si á Magdalena le proporcionará penas ó alegrías el conservarla en casa.

— Eso, contestó Catalina, Dios se lo podría decir, pero no yo. Hasta ahora se ha mostrado sin malicia y sin idea de gran cosa. Le gustan los bonitos trajes, las cofias de encaje y el baile. No es interesada, y Magdalena la mima tanto, que no ha tenido ocasión de enseñar los dientes. Como no ha sufrido nunca, no podemos decir qué tal será.

— ¿Era muy partidaria de su hermano?

— No mucho, á no ser cuando la llevaba á reuniones y fiestas, y que nuestra ama quería hacerle observar que no convenía conducir una muchacha honrada en compañía de la Severa. Entonces la chica, que no pensaba más que en divertirse, acariciaba á su hermano y ponía mala cara á Magdalena, que no tenía más remedio que ceder. Por esto Margarita no es tan enemiga de Severa como yo desearía. Pero no puede decirse que no sea amable con su cuñada.

— Basta, Catalina, no necesito saber más. Pero te prohibo que digas nada á la muchacha de lo que acabamos de hablar.

Francisco hizo perfectamente las cosas que había



BLANCHET CONDUJO SU HERMANA AL MOLINO Y MANDÓ Á SU MUJER
QUE LA TOMASE POR COMPAÑERA

anunciado á Catalina. Merced á la diligencia de Juanito, desde aquella tarde llegó trigo al molino, y aquella misma noche quedó el molino en estado de moler: roto y derretido el hielo en torno de la rueda, untada la máquina, compuestas las piezas de madera, donde había algo estropeado. Francisco trabajó hasta las dos de la madrugada, y á las cuatro estaba levantado. Entró de puntillas en el cuarto de Magdalena, y, encontrando allí la criada que velaba, se enteró del estado de la enferma. Esta había dormido bien, consolada por la venida de su fiel servidor y por el buen auxilio que le traía. Y como Catalina no quería dejar á su ama hasta que Mariquita se hubiese levantado, Francisco le preguntó á qué hora se levantaba la beldad del Cormouer.

— Después del sol, dijo Catalina.

— ¿De modo que te quedan más de dos horas de esperar, y no dormirás nada?

— Duermo un poco durante el día en mi silla ó en la granja sobre la paja, mientras las vacas comen.

— Pues ahora vas á acostarte, dijo Francisco, y yo esperaré aquí á la señorita para demostrarle que hay quien se acuesta más tarde que ella y se levanta más temprano. Me ocuparé en examinar los papeles del difunto y los que los curiales han traído después de su muerte. ¿Dónde están?

— Ahí, en el arca de Magdalena, dijo Catalina. Voy á encender el quinqué. Vamos, Francisco, ¡ánimo! y procure sacarnos de apuros, ya que usted sabe leer.

Y fué á acostarse, obedeciendo al expósito como al amo de la casa: tan cierto es que quien tiene buena cabeza y buen corazón manda en todas partes y tiene derecho á mandar.

XIX

Antes de poner manos á la obra, Francisco, una vez solo con Magdalena y Juanito, pues el mozalbete dormía aún en el mismo cuarto que su madre, fué á ver cómo dormía la enferma, y encontró que tenía mejor aspecto que á su llegada. Alegróse de pensar que no tendría necesidad de médico, que él sólo, por el consuelo que iba á darle, le salvaría la salud y la suerte.

Se puso á examinar los papeles, y pronto estuvo al corriente de lo que Severa pretendía, y de los bienes que á Magdalena le quedaban para contentarla. Además de todo lo que Severa había gastado y hecho gastar á Blanchet, aun pretendía ser acreedora de doscientas pistolas (1), y Magdalena no tenía mucho más, sumando sus propios bienes á la herencia dejada á Juanito por Blanchet, herencia que se reducía al molino y á sus dependencias: como quien dice el patio, la pradera, los edificios, el huerto, el cañamar y la arboleda, porque todos los campos y demás tierras se habían liquidado como nieve en manos de maese Blanchet.

(1) Dos mil francos.—*N. del T.*